

87.136

5

3  
1877

HISTORIA DE UN MISERERE



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES

R. 238.297

HISTORIA

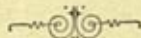
DE UN

# MISERERE

(LEYENDA TRADICIONAL)

por

JOSÉ LÓPEZ ALONSO



*José López Alonso*

SALAMANCA

IMPRENTA DE FRANCISCO NÚÑEZ  
1893



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOUSALES

*Es propiedad del autor.*

I

INVOCACIÓN

«Genio inmortal de la armonía sagrada,» (1)  
Sol que del Arte el horizonte alumbra,  
Númen fecundo de fervor henchido,  
Músico insigne;

Docto maestro de la noble Escuela  
Que el claro Tormes cadencioso arrulla,  
Hijo eminente de la patria mía,  
Sábio Doyagüe;

Tú, que copiaste del querub celeste

(1) Frase del epitafio de Doyagüe.



La dulce y suave y melodiosa estrofa  
Para entonar en el sagrado templo  
Tiernas plegarias;

Tú, que, al arder la inspiración sublime  
Dentro del alma que animó tu vida,  
Cantar supiste la eternal belleza  
del Ser Supremo;

Tú, que en escalas de cadencias ténues  
Mostraste ¡oh, genio! al asombrado mundo  
Cómo se vence en las tenaces y árduas  
Lides del arte;

Tú, que en las cuerdas de tu argéntea lira  
Vibrar hiciste con melifluos sonos  
El insaciable y sempiterno anhelo  
Del alma humana,

Préstale alientos á mi pobre Musa  
Para que narre en poético romance  
Aquel amor que te rindió en mal hora  
Con torpe halago,

Y del que luego tu virtud austera  
Triunfó una noche, en ocasión solemne,  
Al mismo tiempo que la luz del génio  
Brotó en tu alma.

La patria historia, que anotó en su libro  
Las pulsaciones de tu heroica vida,

Calló el suceso que narrar pretende  
Mi torpe labio;

Mas la piadosa tradición, que en forma  
De anécdotas y cuentos y consejas  
Lo que la historia desdeñó recoge,  
Será mi númen.

Dáme tú, pues, la inspiración que anhelo,  
Y en tu loor modularé un sonoro  
Himno que llegue á estremecer tu noble  
Cuerpo insepulto, (1)

Al recordar la memorable fecha (2)  
En que, arrancando tu postrer suspiro,  
Te hizo inmortal y te cubrió de gloria  
La helada muerte.

(1) Los restos mortales de Doyagüe, exhumados en 1869 y llevados á Madrid con destino al Panteón nacional de hombres ilustres, fueron traídos á Salamanca en 1884 y yacen en humilde caja colgada á la entrada de la capilla del Canto de la Catedral, esperando que la piedad ó el patriotismo los coloque en decorosa sepultura.

(2) Esta leyenda fué escrita expresamente para ser leída en la velada literario-musical celebrada en honor de Doyagüe el 22 de Diciembre de 1892, en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la muerte del insigne maestro salmantino.





## II

### «POST TENEBRAS»

El toque de cubre-fuego  
sonó en la torre más alta,  
volcando sus notas dulces,  
agudas, lentas y claras,  
que las sílabas parecen  
de una piadosa plegaria,  
sobre las angostas calles  
de la antigua Salamanca.

Pero aunque imponen silencio  
aquellas tres campanadas,  
que ordenan más que estimulan  
y más que aconsejan mandan,  
el sordo rumor del pueblo  
no se extingue ni se apaga;

antes bien, crece y se eleva  
y se extiende y se ajiganta  
como las hirvientes olas  
heridas por la borrasca.

Es que es noche de Tinieblas;  
y en la bella Salamanca  
(donde impera la costumbre,  
no sé si buena ó si mala,  
de que damas y galanes  
y niños y viejos vayan  
desde la plaza á la iglesia,  
desde la iglesia á la plaza)  
después del sagrado oficio  
la gente se desparrama  
bulliciosa por las calles  
que alumbraba la luna clara.

Por eso en aquella noche,  
las Tinieblas terminadas  
al seco y áspero ruido  
de las crujientes carracas,  
la multitud, que abandona  
la Catedral sacrosanta,  
por la calle de la Rúa  
se encamina hacia la Plaza,  
donde las viejas murmuran,  
y los rapazuelos saltan,



y disenten los golillas,  
y los nobles se solazan,  
y hacen tiempo los tahures,  
y rezongan las beatas,  
y se buscan los amantes,  
y se encuentran las miradas,  
y se lloran desengaños,  
y se alientan esperanzas.

Por los anchos soportales  
que á un Churriguera dan fama,  
formando dos largas filas  
en direcciones contrarias,  
de un lado los estudiantes  
y de otro lado las damas,  
saludos y cumplimientos  
y corteses frases cambian:  
ellos con fuego en el pecho,  
con regocijo en el alma,  
el tricornio en la cabeza,  
en los hombros la sotana,  
en los labios el requiebro,  
la inquietud en la mirada,  
en el andar la soltura  
y la pimienta en la charla;  
ellas el cielo en los ojos,  
la suelta trenza en la espalda,

la esbeltez en la apostura,  
el recato en las palabras,  
la belleza en el semblante,  
en el talle la arrogancia,  
en la boca la sonrisa  
y la ilusión en el alma;  
siendo el marco de aquel cuadro  
de bullicio y algazara  
las flores de suave aroma  
que besan de Abril las áuras  
y que, erguidas en los tiestos  
y en las macetas, son galas  
de los altos voladizos  
y las abiertas ventanas.

Entre aquellos estudiantes  
que cruzan la inmensa plaza,  
hay uno que se distingue  
por sus viejas hopalandas,  
por su humilde continente,  
por su rostro de tez pálida,  
por sus brillantes pupilas,  
por su melena rizada  
y por el pesar profundo  
que se refleja en su cara.

¿Quién es?... Todos le conocen;  
pues cuantos cerca de él pasan



le saludan con respeto,  
aunque es joven por las trazas,  
aunque no es noble su rango,  
aunque está raída su capa  
y aunque él dá, invariable, á todos  
por respuesta la callada.

Alguien le tacha de vano  
y de orgulloso le tacha,  
viendo que á tantos saludos  
de contestar se recata;  
pero es público y notorio  
y saben cuantos le tratan  
que Manuel José Doyagüe  
(que así el mancebo se llama)  
es de bondades tan pródigo  
como avaro de palabras.

Aunque cursa Teología  
y Cánones en las aulas,  
ni domina el silogismo  
ni es su fuerte la escolástica;  
que las dialécticas lides  
y las justas literarias  
están con sus aptitudes  
en completa discordancia.

Siendo así ¿por qué las gentes  
le veneran y le acatan?

¿Por qué de los envidiosos  
sufre las iras menguadas?  
¿Por qué en todas las tertulias  
se hacen lenguas de su fama?  
¿Por qué los sabios le admiran?  
¿Y por qué todos le ensalzan?  
¡Ah! Porque brilla en su frente  
del genio la pura llama;  
porque su númen fecundo  
hace estremecer las almas;  
porque en la esfera del arte  
divino tiende las alas  
cual las tiende en rándo vuelo  
por los espacios el águila.





### III

#### LA CITA

Ya el reloj de San Martín,  
que se destaca en la altura  
erguido en el campanario  
y enhiesto sobre la cúpula,  
lanza nueve campanadas  
lentas, vibrantes y agudas,  
que, al descender de la torre,  
á la muchedumbre anuncian  
que es ya llegada la hora  
de la colación nocturna.

Ya se dispersa la gente,  
ya queda la plaza muda,  
ya las pláticas se extinguen  
y ya tan sólo se escucha

— 15 —

allá á lo lejos el Tormes  
que blandamente susurra  
y aquí cerca los suspiros  
del céfiro que murmura,  
mientras la tórtola amante  
á sus hijuelos arrulla.

El joven Doyagüe entonces  
tras el ámplio embozo oculta  
la faz, y hundido el tricornio  
hasta rebasar la nuca,  
como quien algo recela  
el Arco del Toro cruza,  
atraviesa entre la sombra  
la Plaza de la Verdura,  
tuerce después á la izquierda,  
se recata de la luna  
y, por fin, desembocando  
en una calleja oscura,  
ante blasonada puerta  
detiene el paso y escucha.  
Ni un rumor vibra en los aires,  
ni un soplo el silencio turba:  
que hasta las fugaces áuras  
sus alas diáfanas juntan  
y el leve vuelo abatiendo  
se duermen en la espesura.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



¿Qué, á tal hora, en tal paraje  
y entre la vaga penumbra,  
aquel mancebo embozado  
inquiére, pretende ó busca?  
Por la ansiedad que revela,  
por lo que la luz rehusa,  
por los suspiros que exhala,  
y por el afán, en suma,  
con que clava las pupilas  
en la ventana vetusta,  
guardada por densa reja  
de retorcidas columnas  
donde prodigios el arte  
hizo de labor menuda,  
bien claramente aquel mozo  
á cualesquiera denuncia  
que es lo que allí le detiene  
una amorosa aventura.

Y por sí fuere preciso  
no dar más tregua á la duda,  
detrás de la férrea reja  
el contorno se dibuja  
de una dama, en cuyos ojos  
ardiente pasión fulgura  
al hundirlos en la sombra  
del galán amante en busca.

¿Quién es ella? En Salamanca  
es proverbial su hermosura,  
y se ensalzan sus virtudes  
y hasta se envidia su alcurnia.  
Por eso si se pondera  
la belleza ó la figura  
ó la piedad ó la fama  
ó la prosapia de alguna  
dama de admirable rostro  
y de gentil apostura,  
todos suelen compararla  
con doña Leonor de Acuña,  
y en tales comparaciones  
doña Leonor siempre triunfa.

Aún no cumplió cuatro lustros,  
y ya horadó su alma pura  
el harpón de las desdichas  
que el goce más dulce turba;  
pues dos años há que al tiempo  
de celebrarse sus nupcias  
con un viejo condestable  
de alto rango y gran fortuna,  
las galas de su himenéo  
fueron sus tocas de viuda.  
Mas la pasión, que en el alma  
despertando la locura



avasalla y esclaviza  
á quien más de ella se esconda,  
cual volcán de lava hirviente  
inflamó con fuerza mucha  
una noche memorable  
el alma de la de Acuña;  
y desde entonces, rendida  
al amor que la subyuga,  
diera por Manuel Doyagüe  
la vida y el alma suyas.

Por eso en ser uno de otro  
ella y él su dicha fundan,  
por eso el hilo se alarga  
de sus pláticas nocturnas  
y por eso aquella noche  
en que de ella fué él en busca,  
se convierte la ventana,  
que las violetas perfuman,  
en hermoso altar, en donde  
á su amor culto tributan  
ella y él, que el regocijo  
que sienten no disimulan.

La conversación es breve,  
que el tiempo á los dos apura  
y terminarla es preciso  
sin pretextos ni disculpas;

pues si él torna á casa tarde  
á su buen padre disgusta,  
y si ella el diálogo enreda  
sufre del suyo repulsas.

—¿Con que estás resuelto al cabo?—  
la dama al mozo pregunta.

Y él responde:—Estoy resuelto,  
si es que Dios me dá su ayuda,  
á trocar por tus encantos  
gloria y honor y fortuna.

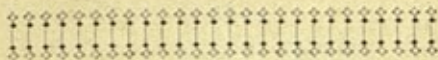
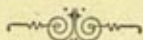
—Vé que es mucho lo que arriesgas—  
dice Leonor con premura.

—No importa;—el galán replica—  
si nuestra unión dificulta  
el orgullo de tu padre  
y de la familia tuya,  
porque tu cuna es muy noble  
y asaz humilde es mi cuna,  
nuestro amor sabrá mostrarles  
sin vacilación ni duda  
que la sangre mezclar pueden  
un Doyagüe y una Acuña.

Dijo; y sintiendo en el alma  
la fiebre de la locura,  
conciertan ambos amantes  
poner fin á tantas luchas



emprendiendo al día siguiente,  
que es Jueves Santo, la fuga;  
para lo cual el mancebo  
irá de la dama en busca  
cuando á la ciudad la envuelva  
la vespertina penumbra  
y á punto de que en el templo  
las Tinieblas se concluyan.



## IV

### INDECISIÓN

Volvió á su casa Doyagüe  
cuando mediaba la noche  
y cuando la negra sombra,  
libre ya de los fulgores  
de la luna, que ocultaba  
su disco en el horizonte,  
desde las estrechas calles  
trepaba á las altas torres  
envolviendo á Salamanca  
con sus flotantes crespones.

Toda la ciudad dormía,  
y la paz de aquella noche  
la turbaban solamente  
el sordo rumor del Tórnes



y el tañer de la campana  
que, con su lengua de bronce,  
llamaba de cuándo en cuándo  
á la oración á los monjes.

Cerca del lecho, en su alcoba,  
el mancebo arrodillóse  
yerto, cansado y rendido  
por las vivas emociones  
que hubo encendido en su pecho  
la llama de sus amores.  
Elevó al cielo los ojos,  
se signó con mano torpe  
y, de devoción henchido,  
comenzó las oraciones  
que, antes de entregarse al sueño,  
rezaba todas las noches.

Fija en su mente la idea  
de unir la suya á la noble  
condición de la de Acuña  
huyendo á ignotas regiones,  
(para lo cual es preciso  
que su vocación ahogue,  
siendo un vividor infame  
en vez de un buen sacerdote)  
para hallar la paz que busca  
en vano será que ore,

y que auxilios pida al Cielo,  
y que con fervor invoque  
á su bendita patrona  
la Virgen de los Dolores.

¡Ay! que cuando se desata  
en el corazón del hombre  
el rudo y desenfrenado  
huracán de las pasiones,  
el amor á Dios se extingue,  
la virtud sólo es un nombre,  
la esperanza se marchita  
y del mal la ola salobre  
al subir del pecho al alma  
creencias, fé y piedad corrompe;  
siendo, en vez de lenitivo,  
tósigo mortal entonces  
la plegaria que en los labios  
vibra apenas ténue y torpe.

Como quien sueña ó delira  
sintió de pronto aquel joven  
de la conciencia en el fondo  
alzarse confusas voces;  
y entre la fé religiosa  
que heredó de sus mayores  
y el amor que en su alma ardía  
ruda batalla entablóse.



¿Cuánto duró aquella lucha  
de encontradas emociones  
en que el infeliz Doyagüe  
triste, abatido é insomne  
contemplaba en lontananza  
ya del placer los trasportes,  
ya los amantes deliquios,  
ya terribles maldiciones  
ó ya su honor mancillado  
ó ya entre el fango su nombre?

Nadie lo sabe. De hinojos  
rígido estuvo é inmóvil  
hasta que el alba en oriente  
se guarneció de arboles.

Pródiga le brinda en vano  
la Naturaleza entonces  
sus más dulces alegrías  
y sus más bellos primores,  
en el áureo sol que brota  
detrás del cercano monte,  
en la brisa que sacude  
las alas entre las flores,  
y en los aromas del valle  
y en los susurros del Tórnes  
y en los armoniosos trinos  
de los pardos ruiseñores;

que cuando anidan las penas  
dentro del alma del hombre,  
sólo en derredor vé sombras  
y lágrimas y dolores.

Por eso á cuanto le cerca  
indiferente aquel joven,  
con su conciencia pugnando  
y con su apetito torpe,  
cual si alguien le preguntara  
qué le pasa, así responde:

El bien ansiado disfrutar desea  
este insaciable amor que arde en mi seno,  
con cuyo esflavio el alma me enveneno  
mientras mi cuerpo en él más se recrea;

cuando el instinto rudo le espolea  
la noble voluntad le pone freno,  
y, ciega, la pasión diputa bueno  
lo que rechaza del deber la idea.

¿Qué hacer en trance tal?... Fiero combate  
libra con la conciencia el apetito,  
que ora se yergue audaz, ora se abate;  
y, en esta indecisión en que me agito,  
no sé ya si es amor lo que en mí late  
ó si es el torpe anhelo del delito.





## V

### ARREPENTIMIENTO

La catedral salmantina,  
modelo de catedrales,  
sostenida por columnas  
que, cual palmas seculares,  
allá en las bóvedas altas  
los gruesos troncos deshacen  
y, destrenzando sus ramos,  
tejen arcos ojivales  
que son de la vista asombro  
y maravillas del arte:  
la catedral, cuyos muros  
de incommovibles sillares  
fueron de la fé y la patria  
los más firmes baluartes,

en los que estrellóse un día  
el empuje formidable  
del Muslim, como se estrella  
en la costa el oleaje:  
la catedral salmantina  
que dió en su regazo amante  
vida y calor, prez y fama  
á la siempre noble y grande  
Universidad augusta,  
vestal en cuyos altares  
de la ciencia el sacro fuego  
inextinto brilla y arde:  
la catedral que de piedra  
en páginas inmortales  
toda la historia compila  
de las pasadas edades,  
ora en aquellos sepulcros  
que hechos parecen de encaje,  
donde el sueño eterno duermen  
prelados, reyes, magnates,  
hidalgos de noble estirpe  
y damas de alto linaje;  
ora en las bellas ojivas  
cerradas por los cristales  
en que el genio del artista  
pintó con tintas brillantes



de los bienaventurados  
los hechos y las imágenes;  
ora en las amplias capillas  
cuyos santos titulares  
son en mi ciudad amada  
los poderosos imanes  
que, con fuerza irresistible,  
la piedad del pueblo atraen;  
ora en aquellas estátuas  
de guerreros y de abades,  
de vírgenes y de papas,  
de doctores y de mártires,  
estas la cruz empuñando,  
aquellas el estandarte,  
unas con luengas espadas,  
otras con palmas brillantes,  
ya erguidas, ó ya de hinojos  
en los anchos pedestales;  
ora en los áureos retablos  
que coronan los altares;  
ora en las vallas de hierro,  
ora en las grecas de jaspe  
y en los altos botareles,  
y en los robustos pilares,  
y en el inmenso cimborrio  
que, en la altura al destacarse,

el férreo casco semeja  
de un descomunal gigante:  
la catedral salmantina,  
joya preciada del arte,  
relicario de prodigios  
y basilica admirable,  
en la ciudad siempre insigne  
que fué del saber la madre,  
nutre, alienta, vivifica,  
sostiene, anima y esparce  
la fé, que es para las almas  
como para el pecho el aire.

En aquel grandioso templo,  
modelo de catedrales,  
el oficio de tinieblas  
estaba ya terminándose  
un Jueves Santo famoso  
al agonizar la tarde.

Lleno está el templo de fieles,  
oscuras las anchas naves,  
cubiertas con negros velos  
las cruces de los altares;  
en el tosco tenebrario  
sólo una vela que arde;  
arriba la densa sombra,  
abajo luz vacilante,



en derredor el misterio  
y doquier algo impalpable,  
que el remordimiento agita  
en las almas al filtrarse.

De pronto el silencio rasgan  
con sonidos penetrantes,  
tras armoniosos acordes  
que parecen tristes ayes,  
del *Miserere* sublime  
las estrofas designales,  
al tiempo que presuroso  
entra en el coro *Doyagüe*  
yendo al pié de la alta verja  
de rodillas á postrarse.

No vá allí, como otras veces,  
en el canto á tomar parte,  
pues su garganta la oprime  
el dogal de los pesares;  
sólo la fé que ha perdido  
allí busca aquella tarde,  
que en el templo es donde puedo  
su espíritu confortarse.

La pasión que le avasalla,  
el deber que en su alma late,  
el anhelo aún no saciado,  
la promesa hecha á su amante,

los sentimientos más puros  
que dentro del alma nacen,  
los malvados y groseros  
apetitos de la carne...  
todo, en confusión horrenda,  
la voluntad le combate  
y entre el infierno y el cielo  
vacila su alma un instante.

Pero entonces en el coro  
con roncos acentos graves,  
como el bramido del viento  
que bosques descuoja y barre,  
surge en cadencia armoniosa  
el *Tibi soli peccavi*;  
y el versículo prosigue  
del coro oscuro elevándose  
entre un raudal de armonías  
que, estremeciendo los aires,  
ya son como el manso arroyo  
dulces, transparentes, suaves;  
ya copian el ronco ruido  
del turbulento oleaje  
que las playas azotando  
en espumas se deshace;  
ó ya rugen tremebundas  
y en convulsiones jigantes







y de fervor encendido  
ante el Dios clemente y grande,  
al par que dentro del alma  
va su pasión apagándose,  
brota la llama del genio  
como los rayos solares  
que, al fecundizar la tierra,  
las negras sombras deshacen.  
—¡Misericordia, Dios mío!  
—exclama entonces Doyagië—  
borrad con vuestra clemencia  
todas mis iniquidades,  
que tan sólo á vuestro culto  
os prometo consagrarme.  
Y para eterna memoria  
de esta noche y de este instante  
en que he sido redimido  
por mi Dios y por mi Arte,  
yo compondré un *Miserere*  
que á toda orquesta se cante;  
que del alma arrepentida  
sea fiel expresión é imagen;  
y al que por su ronco acento,  
y sus acordes brillantes,  
y sus cadencias sublimes,  
y sus grandiosos compases,

y sus bellas armonias  
y sus notas celestiales,  
los músicos que lo admiren  
siempre lo llamen *El Grande* (1).



### CONCLUSIÓN

Es fama que aquella noche,  
y tal vez al mismo tiempo  
que trocó por el divino  
el galán su amor terreno,  
se arrepintió la de Acuña  
de su pasión y sus yerros,  
buscando la paz del alma  
en la celda de un convento.

Allí su vida piadosa  
aún se cita como ejemplo;  
y la tradición añade,  
no sé si con fundamento,  
que murió como una santa

(1) Así, efectivamente, se denomina en Salamanca uno de los *Misereres* compuestos por el egregio Maestro.



el año mil ochocientos  
y que incorrupto en la tumba  
se ha conservado su cuerpo.

De todo lo cual se infiere  
que el santo arrepentimiento  
de aquella doncella hermosa  
y de aquel gentil mancebo,  
purificó sus conciencias  
y también dió al mismo tiempo  
para Jesús una esposa,  
para la Música un génio,  
una joya para el Arte  
y una santa para el Cielo.



X641080211  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



640341385Z

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES